



Cp- VII
PEAR 18019

ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA.



**FRAGMENTOS
Y ORACIONES MARIANAS**

SACADOS DE LAS OBRAS

DEL

P. ABAD DE S. BENITO LUDOVICO BLOSIO,

POR UN SÓCIO DE DICHA

ACADEMIA.

Cualquiera que sea, ame puramente y reverencie con gran devocion á la Virgen Maria, Madre dulcísima de Dios, y de todas las gracias.
EL AUTOR.

LÉRIDA:

—
IMPRENTA DE M. CARRUEZ.
1871.

ACADEMIA
 Y ORACIONES MARITIMAS
 FRAGMENTOS
 SACADOS DE LAS OBRAS
 DEL
 P. ABAD DE S. BENITO LUDOVICO BLOIS
 POR UN SOCIO DE DICHA
 ACADEMIA
 Concluido por los años 1770
 y reimpreso con una dedicatoria
 la Voz de la Academia de
 Bellas y de todas las Artes
 En Atoch.
 IMPRINTA DE M. GARNIER.
 1871.

Ludovico ó Luis Blois ó de Blois, nació de noble alcurnia en el Castillo de Daus-tienne, cerca de Beaumonte, en el Principado de Liejas. Paje en la Corte de Carlos V entró muy jóven despues en la abadia de benedictinos de Leceses, en donde mostró una prudencia superior á sus años, llegando á ser Abad de ella en 1550, é introduciendo una completa reforma de costumbres que hizo floreciese aquella casa por muchos años en virtud é ilustracion. Renunció el Arzobispado de Cambrey que se le propusiera. Fué llamado por Felipe 2.º para que le asistiese en su última enfermedad y muerte. Falleció en 1866 el 7 de Enero con los 59 años de edad, en olor de santidad.

Compuso varias obras piadosas muy estimadas, en las que se observa un sano juicio y piedad ilimitada; en cada una de sus páginas se ve aquella santa uncion que obra directamente sobre el corazon, al mismo tiempo que cautiva el espíritu con la fuerza de sus razonamientos.

LINAJE Y NOMBRE DE MARIA.

S Juan Damasceno en el libro 4.^o *fidei orthodoxe*, tratando del linaje de la Virgen y Madre de Dios, entre otras cosas dice; Joaquin se casó con la venerable y digna de ser alabada Ana, que era esteril, por la oracion y promesa que hizo á Dios, engendró á la Madre de Dios, para que tambien en eso no fuese tenida por inferior á ninguna de las ilustres y gloriosas mujeres. Pare pues la gracia (que eso quiere decir Ana) á la Señora, lo cual realmente significa el nombre de Maria; porque en efecto ella fué hecha Señora de todas las criaturas, pues se llama madre del criador de todas ellas. Y asi como el que fué concebido guardó y conservó Virgen á la que lo concibió, asi tambien naciendo de ella le guardó la virginidad sin corrupcion ninguna. Porque no le era á él imposible pasar por la puerta, sin ofender la cerradura, de suerte que la que siempre es Virgen, queda tambien Virgen despues del parto. Porque ¿como admitiria ni diera lugar á copula carnal ni ayuntamiento de varon, la que habia engendrado á Dios, y conocia el milagro por la experien-

cia que tenia de las cosas que le habian sucedido? En ninguna manera se ha de admitir esto; no es de alma modesta pensar semejantes cosas.

Cristo verdadero y perfecto Dios, y verdadero y perfecto hombre nació varon de la Virgen Maria. Y asi la misma Virgen se llama muy bien en griego Teotocos, que quiere decir Madre de Dios, porque verdaderamente parió á Dios.—Como habemos de pedir favor á la Virgen y poner en ella nuestra esperanza.—Has de acudir á la gloriosísima Virgen Maria Madre de Dios: hasle de pedir favor, y alabarla: porque ella lo merece todo, y ella escede siempre á toda alabanza. El mismo hijo tiene con el Padre celestial: y en su vientre virginal concibió á Dios, parió á Dios, y le dió leche de sus mismos pechos, trajo á Dios en sus brazos, y lo recogió en su regazo. Que cosa mas alta, que cosa mas honrosa, que ser llamada Madre de Dios y serlo? ¿Qué dignidad mas soberana que esta? ¿Qué cosa mas admirable? Realmente ello es asi: ninguna cosa se puede pensar debajo de Dios mas escelente que la Madre del mismo Dios. ¡Ay de los miserables y desventurados herejes, que son tan desagradecidos, y reverencian tan mal á tan soberana Virgen, pues procuran esclarecer su honra y resplandor! ¡Ay, digo otra vez, de aquellos con quien ya ha desvalido la reverencia de tan soberana Emperatriz. Ensáñanse y braham porque la llamamos

esperanza de la vida, y la que nos trajo la salud eterna. ¿Como, dicen ellos, teneis á Maria por Diosa? ¿Como asi poseeis vuestra esperanza en el hombre? No por cierto, no adoramos á Maria como Diosa; mas honrámosla como á Madre de Dios, como muy cercana á Dios, (aunque no sin causa puede ser llamada Diosa, como son los santos en la escritura llamados dioses) no de esa manera ponemos nuestra esperanza en el hombre, no de esa manera confiamos en Maria, como si todo lo que ella es, todo lo que tiene, todo lo que puede, no lo hubiese recibido del Señor: antes confesamos que recibió todas las cosas de aquel de quien fué criada y escogida: y que todas las puede ella en aquel á quien parió. Dió el Criador á la criatura, el Hijo á la Madre cierto poder inefable, y quiso honrarla con un privilegio singular: y esta es la razon por que ponemos en ella la esperanza de nuestra salvacion, no primero que en Dios, sino despues de él. Pues del Señor (á quien conocemos por origen y principio de todo nuestro bien) esperamos principalmente nuestra salud y remedio. Abomina tú la blasfemia y desvergüenza de semejantes herejes anti-marianos (rogando á Dios que los convierta) y ama mucho la veneracion y reverencia de la misma Santísima Virgen Maria, porque ella es un dechado perfecto de toda pureza y santidad, es un singular refugio de los pecadores, es un castillo seguro donde se guarecen aquellos á

quien fatiga alguna tentacion, alguna persecucion ó molestia. Ella es piadosísima Reina del cielo, ella es liberalísima dispensadora de las gracias; ella es madre misericordiosa de todos los fieles.

Toda es mansa, toda es serena, toda es benigna, no solamente á los justos y perfectos, sino tambien á los pecadores, y á los que parece que estan sin remedio, y cuando ve que de corazon acuden á ella, luego los ayuda, recibe, recoge, y con una confianza, al fin de madre, los torna á hacer amigos del espantoso juez. A ninguno desprecia, á ninguno se niega: á todos consuela, á todos abre su piadoso pecho, y apenas es llamada, cuando acude. Con su bondad y dulzura natural atrae suavemente al servicio de Dios aun á aquellos que casi no lo conocen, y los mueve poderosamente; para que por aquel camino se dispongan á recibir la divina gracia, y finalmente se hagan aptos para el reino de los cielos. Tal es, y tal la hizo Dios, y tal nos la dieron; para que nadie se espante de ella, nadie huya de ella, y nadie tema de acudir á ella. No es posible que se condene, el que fuere solícito y humilde servidor de la gloriosísima Virgen Maria. Pues tú ten particular familiaridad con ella.

DE LA EXCELENCIA Y DIGNIDAD

de la gloriosa Virgen Maria, y de su misericordia y amor para con los hombres, y de su santa concepcion.

Muy admirable se mostró Jesucristo Dios y Señor de la gloria, con su muy amada y muy querida madre la Virgen Maria, á la cual ni hizo, ni hará jamás otra criatura semejante en valor, nobleza, hermosura, magestad, y en toda gracia y gloria. El la reservó de todo pecado y mancha, así original como actual, sacándola del orden comun del linage humano: y la adornó de tanta pureza, santidad y perfeccion, que hace ventaja á toda la pureza de los Angeles. Realmente no se puede imaginar debajo de Dios cosa mas divina que su Madre.

Tanta es la bondad, misericordia, piedad, amistad, benignidad, clemencia, fidelidad, benevolencia y caridad de esta Virgen y madre Santísima para con los hombres, que no es posible explicarse con palabras. Ella sobre todas las criaturas es la mas excelente, y mas cercana á su bendito hijo Jesucristo redentor nuestro, en el poder, en la sabiduria, en el amor y en las otras gracias y dones, perfecciones y excelencias. De aqui es, que no hay pecador por abominable que sea á quien ella aborrezca y deseche de sí: y que á cualquie-

ra (como le pida favor) no pueda, sepa, y quiera reconciliarlo con su amado Hijo. Entre tanto que dura el tiempo de la gracia, no puede apartar sus benignísimos ojos de los miserables pecadores, y que hacen penitencia, si se encomiendan á ella. Porque ruega de continuo por ellos, y como muy verdadera hermana y madre fidelísima, tiene cuidado de su salud y remedio. No es posible sin duda que se condene, quien con devocion y penitencia la reverencia, y se favorece de ella. ¡O cuan soberana merced y honra te hizo tu Dios y Señor, pues quiso que esta su piadosísima madre, en este destierro lo fuese también tuya, y tu abogada, consoladora, y valedora! Y allende de eso, te la puso en el cielo, para que la vieses. La cual Virgen bellísima, y gloriosísima reina, se muestra allí á todos los bienaventurados muy familiar, con una dulzura, humildad, y caridad incomprensible. Si bien consideras estas cosas, ellas henchirán tu corazón de grande alegría, y lo encenderán con su castísimo amor.

Y en lo que toca á la pureza de la Concepcion de esta Virgen y madre de Dios, no tienes que dudar: aunque parezca que dudaron algunos de los Padres antiguos, cuando aun no celebraba la Iglesia Romana la fiesta de esta misma Concepcion. Pues ahora en el mundo Cristiano con regocijada y alegre devocion celebran los católicos aquella fiesta, ya muy de atrás recibida, siguiendo á la sobre-

dicha Iglesia Romana (que es la cabeza y muestra de todas las Iglesias) haciendo memoria del principio de nuestra buena dicha, conviene á saber, cuando el alma Santísima de Maria siendo criada de Dios, fué inundada en su santísimo cuerpecito, sin mancha ninguna de pecado original. Por lo cual espanta realmente, que se hallen en nuestros tiempos algunos, que no estando tan alumbrados en este caso, duden de la pureza de la Concepcion de la misma bienaventurada Virgen, y obstinadamente sustenten su opinion: citando algunas sentencias de los Stos. Padres, los cuaes si aquí vivieran ahora, sin duda lo sintieran de otra manera de lo que estas afirman que lo sintieron. Por cierto, que por el mismo caso que la Iglesia Católica Romana que no puede errar celebra la fiesta de la Concepcion de la Santísima Virgen y Madre de Dios, da á entender bastantísimamente, y afirma, que la sobredicha Concepcion fué santa y libre de todo pecado: porque la Iglesia no celebra fiestas profanas. Y en la misma fiesta ruega á Dios de esta manera: «O Dios que por la purísima Concepcion de tu Madre, aparejaste digna morada para tu Hijo, concédenos, que como á ella la preservaste de todo pecado, así también por su intercesion nosotros lleguemos á ti puros y limpios.» Hablando pues uno de los padres antiguos de estas palabras del profeta Isaías, saldrá una vara de la raíz de Jesé, dice;» muy bien es Maria

aquella vara, adonde no hubo nudo de culpa original, ni corteza de culpa venial.» Y otro santo dice. «Temeraria cosa es, poner en la Virgen Maria alguna culpa, ó pecado.» Realmente asi es. Porque cualquiera que ahora no teme afirmar, que aquella ilustre matrona, la cual es mas santa que los Angeles, estuvo sujeta al pecado original, que hace al hombre miembro del demonio, é hijo de ira, ofende los oidos cristianos. Conoció sin duda, que aquella que habia de concebir y parir á Cristo Señor y Dios nuestro, y que habia de quebrantar la cabeza de la antigua serpiente jamás fuese ni un punto solo hija de ira. Con este privilegio fué honrada la Madre de Dios.

El gran Basilio en el Sermon de la humana generacion de Cristo, tratando de la virginidad de Nuestra Señora, entre otras cosas dice: «Creemos que bastan estos testimonios, para que los oidos de los que aman á Cristo no admitan, que la Madre dejó algun dia de ser Virgen.» A lo que dice S. Mateo: Y no la conoció José hasta que parió á su hijo primogénito, aquella dición, hasta que, aunque muchas veces parece que quiere demostrarnos algun tiempo limitado, y que tiene fin; con todo esto se dá á entender que es infinito, y que no tiene término aquello de que va hablando, como es lo que dice el Señor: Veisme aqui estoy con vosotros todos los dias hasta el fin del mundo. Pues no desampará el Señor á sus Santos acabado este siglo:

porque la promesa del tiempo presente no quita el venidero. Asi decimos que se toma aqui esta palabra, hasta que. Y por llamar á su hijo primogénito, no lo compara con otro hijo que haya tenido despues del él, mas llámase asi por ser el primero que nace.

III.

LOORES DE LA VIRGEN.

Todos los varones espirituales y devotos confiesan que no puede ser suficientemente alabada la Sacratísima Virgen Maria verdadera Madre de Dios, cuya dignidad escede á la de los Angeles; porque habiendo engendrado al Señor de todas las criaturas, tambien ella es Señora de todas ellas. Virgen concibió á Dios, virgen lo parió, y quedó virgen sin corrupcion ninguna despues del parto. Y alli con muy justa razon conforme á lo que ella misma profetizó, todas las naciones del mundo le llaman bienaventurada. Muy propiamente la clamamos salud, vida y esperanza nuestra, porque Cristo que es nuestra principal salud, vida y esperanza, se nos dió por ella: y por que con la confianza que tiene de Madre, nos alcanza de su Hijo lo que hemos de menester.

Muy mal llevan los herejes que la clame-

mos con estos nombres, pero si tuvieran razon y entendimiento, no se habian de sentir por eso. Pues muchas veces las cosas que se atribuyen á Dios criador, se atribuyen muy bien á las criaturas: aunque de una manera á Dios y de otra á las criaturas. Y así San Pablo escribiendo á los Tesalonicenses dice. ¿Que es nuestra esperanza, ó gozo, ó corona de gloria: no lo sois por ventura vosotras delante del Señor? Y aquellos á quienes habla se llaman dioses. Tambien llama Cristo á los Apóstoles luz del mundo. Y así mismo hallamos que se ofreció muy bien la adoracion á algunas criaturas: porque se escribe que Abraham adoró á los Hijos de Meth, y que Jacob adoró á su hermano Esaú, y tambien los hijos de los profetas adoraron á Elisco. En la misa que compuso S. Crisóstomo se dicen de la Santísima Virgen estas palabras: «verdaderamente es digno y justo glorificaros, Madre de Dios, y siempre bienaventurada, y sin corrupcion ninguna. Madre de nuestro Dios, de mas conocimiento que los querubines, y sin comparacion mas gloriosa que los serafines, que sin corrupcion ninguna engendras-te al mismo Dios: á ti verdaderamente, Madre de Dios, te engrandecemos. Dios te salve, Maria llena de gracia, el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mugeres, y bendito es el fruto de tu vientre: porque pariste al Salvador de nuestras almas. «En la sobredicha misa se repiten muchas veces estas pa-

labras:» haciendo memoria de la Santísima y Purísima, y sobre todos bendita gloriosa Señora nuestra, Madre de Dios y siempre Virgen Maria, y de todos los Santos, nos encomendamos á nosotros mismos y unos á otros, y toda nuestra vida á Cristo Dios nuestro. «El glorioso S. Bernardo entre otras muchas cosas que escribe de la misma Sagrada Virgen y Madre de Dios, dice estas:» en los peligros, en las angustias, en las cosas dudosas piensa en Maria, llama á Maria. No se te vaya de la boca, ni se te aparte del corazon. Y para que te aprovechen sus oraciones, no dejes de imitar su vida. Si á ella sigues, no te pierdes, si á ella ruegas no desesperas, si en ella piensas no yerras, si ella te sustenta no caes, si ella te ampara no tienes que temer, si ella te guia no eres fatigado, si ella te es favorable, llegas. «Estas son palabras de San Bernardo. No es posible que agrade al hijo, quien quita la honra á la Madre. La Iglesia de Dios cree firmemente que la gloriosa Maria quedó Virgen despues del parto: y así defendió su perpetua virginidad S. Germino en un excelente libro que escribió contra las blasfemias del torpe Elvidio.

En la misa de Santiago Apostol, es alabada con grande magestad la Virgen Maria madre con estas palabras:» justo es que te digamos bienaventurada que pariste á Dios, totalmente sin pecado ninguno, y Madre de nuestro Dios, mas honrada que los querubi-

nes, mas gloriosa que los serafines, que sin corrupcion pariste al Verbo de Dios; á ti, verdaderamente Madre de Dios, te engrandecemos. A ti, ó llena de gracia, te dan el parabien todas las criaturas, los escuadrones de los Angeles, y el linaje de los hombres, tú que eres templo santificado, paraíso espiriual, gloria de las Virgenes; de la cual Dios tomó carne, y nuestro Dios que era antes de los siglos se hizo niño etc »

IV.

DE LOS EJERCICIOS DE LA VIR-

GEN Y ORDEN DE SU VIDA.

La gloriosísima Virgen Maria madre de Dios, fué llena de toda gracia y de todas las virtudes, espejo y dechado de toda santidad. Porque mientras vivió en este mundo con tanto amor y tan perfecto cuanto amaba á Dios, se recojió y acudió al íntimo templo de su alma, de suerte que ninguna cosa amaba fuera de Dios: ni jamás entró en su corazon alguna imagen que pudiese impedir algo el puro amor que á Dios tenia. Porque amaba á Dios y á todas las criaturas en Dios con un amor ente-

ro y perseverante. Recojióse pues, todas sus potencias en el centro interior, á donde está escondida la imagen divina, y allí moraba en el templo de su alma: llevando y encaminando á el sus mismas potencias y adorando allí á su Dios en espiritu y en verdad. Y conocia y confesaba que no podia alabar á Dios dignamente, y así le pedia que el mismo se alabase y ensalzase á si dentro de ella. Su centro y todo lo interior de ella estaba totalmente endiosado, de suerte que si alguno viera su corazon, viera en él á Dios con toda su claridad y magestad: viera la procesion del Hijo y del Espiritu Santo, porque jamás se volvió su corazon ni un solo punto á cosa ninguna fuera de Dios.

Ella con su pobreza de espiritu, con amor se habia resignado toda en la muy agradable voluntad de Dios, como en instrumento muy apto, y se habia ofrecido á él perpetuamente con una profunda humildad, y con un desprecio de si misma, desnuda de todo propio deseo, voluntad y accion, no de otra manera que antes que fuese criada.

De aqui es, que cuando se estendia á la eternidad, su alma era llevada sobre todo entendimiento á la divina contemplacion, lo cual se echaba de ver en ella por todas sus potencias. Porque su memoria era levantada á una luz simplicísima, y fundada en cierta unidad de espiritu sobre todos los sentidos. Su entendimiento estaba lleno de una claridad muy

resplandeciente, en la cual aprendió, conoció y entendió distintamente todas las virtudes, todos los ejercicios santos, y lo mas secreto de las divinas escrituras.

Estaba su voluntad abrasada con un encendimiento devotísimo de amor quieto, por el cual era arrobada sobre todas las cosas criadas. En este arroboamiento sobre todas las imágenes y distincion de las cosas, gozaba en silencio de las delicadas voces de Dios, y de sus divinas inspiraciones, y su espíritu se henchía de la fuente sobre esencial, mas de lo que pudiera por su propia accion. Aquí descansaba en Dios fuera de todas las cosas criadas, y se perdía á sí misma por el abrazo del inmenso amor en la anchísima soledad y obscuridad de la divinidad, y era unida á Dios sin medio, y hecha un espíritu con él: la cual union escedia á todos los otros dones, gracias y lumbres criadas. Aquí en una simplicísima luz (la cual se renovaba sin cesar en su íntimo centro, y en lo mas noble de su espíritu) veía con una vista uniforme aquella claridad que es Dios y todas las cosas criadas sin distincion ninguna. Veía la luz en la luz, hecha una cosa con la misma luz; y experimentaba la bienaventuranza venidera, y amaba á Dios con un amor inseparable y eterno. Era forzoso que debajo de esta manera de contemplacion estuviesen todos los dones, virtudes y ejercicios criados; porque ella con la divina claridad era trasformada sobre toda

razon y entendimiento. Y quien podrá explicar que secretos celestiales, y qué otras cosas soberanas le fueron reveladas de Dios á la excelentísima Virgen, estando tan altamente elevada sobre todo lugar y tiempo? Veía con grande contento y con un deleite inefable aquella eterna y lindísima claridad, y las ideas y originales de todas las cosas criadas, como se ven en la eternidad. Verdaderamente que si se hiciere una razon de todos los gozos, de toda la paz, de todos los deleites, y de todos los regalos, y se comparase con el mas mínimo gozo que allí recibía la Sma. Virgen, no sería sino para amargura

Además de esto le fué concedida á la Santísima Virgen sobre todos los mortales esta soberana gracia, que por mas alto que se arrobase en Dios, no por eso acudia á las demás cosas con menos cuidado, ni dejaba de sujetar y gobernar muy ordenadamente el hombre exterior en sus santas costumbres y actos, sin impedimento del interior. Porque las potencias superiores acudían á su origen y principio y se jactaban con él, empero las inferiores obedecían á las superiores; así como en Adán en el estado de la inocencia y justicia original. Y este beneficio y ornamento le vino porque no tuvo pecado original, del cual le preservó su Hijo. Pues jamás se dió tiempo en que fuese hija de ira, ni enemiga de Dios, ni vaso sucio sujeto al demonio, co-

mo lo fuimos todos nosotros. Porque esto lo previno la sabiduría eterna, que no quiso que en su templo santísimo hubiese alguna mancha ni corrupción. Y así aun estando arrobada en la íntima contemplación de la divinidad, oía exteriormente muy bien con gran diligencia, con gran devoción, y con profunda humildad de corazón las divinas alabanzas, y lo que tocaba al culto divino. Y estas cosas no solamente no la daban molestia y desabrimiento, antes le eran de mayor gusto que cuantas cosas hay en esta vida. Oía con suma devoción la palabra de Dios, aunque se digiese con palabras simples, y aunque ella la entendiese mejor, y muy perfectamente: y la imprimía en su corazón virginal, con sumo deseo de poner por obra así las cosas muy pequeñas, como las muy grandes.

Disponía y ordenaba toda su vida, de suerte que pudiese ser afligida y despreciada, considerando, como Jesucristo hijo de Dios y suyo se ofrecía siempre á ser afligido y despreciado: y así se ofrecía toda á estas cosas, que jamás pedía que las tribulaciones y el desprecio se le acortasen ó disminuyesen. Lo cual sufrió hasta el último punto de su vida, con una voluntad tan sujeta, que estaba con ánimo de perseverar eternamente en tribulaciones y dolores, si esa fuera la voluntad de Dios. Considerando, pues, como su Hijo con gozo de espíritu había sufrido una terrible pasión con grandísima paciencia, sin murmurar, por el

grande y encendidísimo amor que nos tenía; sufría ella también cualquiera tribulación con gran contento, con un deseo y con un amor muy encendido. Ofreciase á Dios á sí misma y todas sus cosas en sus oraciones, y encomendábase en sus piadosas manos: pidiéndole que cumpliese en ella su muy sagrada voluntad. Jamás con deleite se pegó á algún don de Dios, ni usaba de las divinas gracias para regalo de su espíritu, sino para alabanza de Dios. Jamás deseó tener desordenadamente sabiduría ó alguna ciencia, ni en las virtudes, en la comida ó bebida alguna suavidad. Era tan pura que jamás se aficionaba á ninguna criatura fuera de lo que conocía, jamás se movía á hacer algún pecado: y así fué muy semejante á los resplandecientes ángeles. Y aunque era la más hermosa de las mujeres, jamás pudo ser mirada de algún hombre con mal deseo, por la pureza angélica que resplandecía en ella. Todas las obras que hacía, aunque fuesen muy pequeñas, las hacía con singular devoción á honra de Dios. Dios era el principio y fin de todo lo que hacía, ó dejaba de hacer; y así en lo uno como en lo otro llevaba una intención pura y divina. Antes que hablase, recojiéndose interiormente examinaba si las palabras que había de hablar eran necesarias, y si podían decirse sin escándalo, y juntamente si eran para gloria de Dios: y hecho todo este examen, decía lo que era razón decir humilde, benigna y brevemente.

Cuando á la noche se iba á reposar, rodeaban su sacratísima cama ejércitos de ángeles, para que no tuviese entrada á ella algun espíritu malo. Y así nunca le dió pena fantasma ó sueño vano, ni se le imprimió alguna imagen fuera de las que recibía de la divina luz; porque la Santísima Trinidad la amparaba y guardaba siempre. Y jamás la purísima Virgen tomó el sueño que no lo ofreciese á honra de Dios con sumo deseo.

V.

PRIVILEGIO DE LA VIRGEN.

Dijo Dios Padre á la Virgen Sta. Catalina: «Mi bondad ha concedido un privilegio á la gloriosa Maria, Madre de mi unigénito Hijo, por la reverencia del Verbo encarnado, que cualquiera aunque sea pecador, que con devoción acude á ella, en ninguna manera será arrebatado del demonio infernal. Porque fué de mí escogida, aparejada y puesta como cebo dulcísimo para cazar hombres, y principalmente almas de pecadores.»

VI.

PIEDAD DE LA VIRGEN

CON LOS PECADORES.

La misma bendita Madre de Dios dijo á Sta.

Brígida. »Por mucho que un hombre peque, si con todo corazón con verdadera enmienda y caridad acudiere á mí, estoy al momento aparejada para recibirlo cuando viene. Y no miro cuanto uno haya pecado, sino con que intención y voluntad acude á mí. Pues por vil y sucio que sea el pecador, no tengo asco de tocar sus llagas, untarlas y sanarlas; porque me llaman y realmente lo soy, Madre de Dios.»

—Vió una vez Sta. Gertredis que unas como bestizuelas de diferente linaje se acogían debajo del manto de la dulcísima Madre de Dios la Virgen Maria, por las cuales se entendían los pecadores, que le tienen especial devoción. Recibiéndolas benignamente á todas, la Madre de Misericordia, y como cubriéndolas con su manto, las regalaba y acariciaba á cada una de ellas con su delicada mano, y amorosamente las alhagaba, como suele un hombre alhagar á su perrito. Y por esto daba claramente á entender con cuanta misericordia recibe la Sma. Virgen á todos los que le piden favor, y como con piedad de Madre defiende á los que esperan en ella, aun á los que están envueltos en pecados, hasta que convertidos y penitentes los vuelve á su Hijo.

VII.

ENRIQUE SUSON ENSEÑANDO

COMO SE HA DE ACUDIR Á LA VIRGEN MARIA, MADRE DE DIOS, DICE DE ESTA SUERTE.

Solo este remedio nos quedó, Ó Virgen Maria, Reina excelentísima de los cielos, cuando á nosotros miserables nos fatiga y angustia algun dolor inmenso del corazon, algun temor ó tristeza: y por ninguna parte se nos descubre camino para escapar, sino levantamos á ti nuestros ojos. Siempre por cierto, pero en especial te deseamos hallar benigna ayudadora y consoladora en la última hora de la muerte. Porque tu eres la medianera delante de tu Hijo, de todos los hombres pecadores. Asi que cuanto uno se siente mas cargado de pecados, tanto le parece que es mas razon acudir á ti, y cuanto es mayor pecador, tanto con mayor derecho piensa que acude á ti. Tu eres único consuelo de los culpados, único refugio de los pecadores, á quien miran muy á menudo muchos ojos llorosos á quien suspira muchos corazones lastimados y miserables. Ea pues vuelve á este miserable esos tus ojos misericordiosos, los cuales jamás por cierto pudiste apartar de ningun pecador, ni de hombre ninguno desolado y desamparado. Recíbeme debajo de tu amparo y defensa, pues está sin duda puesto en ti

mi consuelo, y esperanza. ¡Oh cuantos pecadores habrian ya dejado á Dios, y apostatado, y negado toda aquella celestial corte, y aun al mismo Dios, y despeñándose en el abismo de la desesperacion y estuvieron miserablemente apartados de Dios, los cuales favoreciéndose de tí, y acudiendo á tí, fueron de tí guardados benignamente, hasta que rogando tu por ellos delante de Dios, fuesen recibidos en su gracia! Y quien fué jamás tan grande pecador que hubiera caído en tan grandes maldades, cuantas nunca otro ninguno, que acordándose de esto, no hubiere cobrado ánimo y buena esperanza? Tu eres verdaderamente única, singular y fidelísima consoladora de los pecadores. La inmensa benignidad de Dios se hizo tan amable á todos ellos, que su piedad y amor mas que abundante, no es posible que no nos aficione y recree. ¡O cuantas veces nos mitigaste ó apartaste la justicia fuera del espantoso juez! ¡O cuantas veces cerca de su Hijo nos alcanzaste la gracia y el consuelo! Antes faltará el cielo y la tierra que tu faltes á ninguno que de veras te llama. Realmente tú eres, y con razon te llaman madre y reina de misericordia. Ea pues, madre regaladísima, Señora del cielo y de la tierra, levántate ahora, levántate, y preséntate delante de tu dulcísimo Hijo por nuestra medianera y abogada, para que él por tu gracia borre todos nuestros pecados, y nos reciba en tu amistad, y lleve á la vida eterna. Amen.

VII.

VIRGINIDAD DE LA VIRGEN.

Abdias en el libro 8. Instruyendo el Apostol S. Bartolomé en la fé cristiana al rey Polimnio, dice como la Sma. Virgen Maria Madre de Dios ofreció al Señor voto de virginidad, porque dice así: «Esta Virgen Maria fué la primera que hizo á Dios voto de guardar virginidad. La primera que entre las mujeres determinó en su corazon de decir, «Señor, ofréz-cote mi virginidad: «sin que hubiese aprendido semejante obra de alguna persona, ni hubiese sido movida por algun ejemplo, para que especialmente por amor de Dios perseverase Virgen.»

Averguéncense los herejes que maliciosamente se burlan del voto de castidad y virginidad: porque tambien Sta. Efigenia y otras virgenes que recibian el velo de mano de S. Mateo, y como está dicho, fueron consagradas á Dios, habiéndole prometido su virginidad.

IX.

ENCARNACION DEL VERBO.

Cuando el mismo unigénito Hijo de Dios por el reparo del mundo fué concebido por obra

del Espíritu Santo, en el vientre de la Sma. Virgen Maria, tomó en sí lo que no era. y quedó lo que antes era. Porque tomó cuerpo y alma racional, tomó todo lo que hay en el hombre, y quedóse Dios como lo era antes. La naturaleza divina y buena (que son muy diferentes) fueron maravillosamente unidas.

X.

LA VIRGEN EN LA PASION.

Veamos ahora á donde haya ido la piadosísima Madre de Dios, y si acaso ha de salir alguna vez en público, ó desampara á su hijo con los apóstoles. Es cosa cierta que aunque hayan blandado los Apóstoles, aunque se hayan apartado las ovejas del pastor, aunque se hayan cortado los sarmientos de la vid: mas quedó un ramo entero y sano, que es la bienaventurada Virgen Maria, llena del jugo de la fé. Porque no era posible que la Madre del Señor dudase si Cristo era hijo de Dios, pues lo habia concebido quedando Virgen por virtud del Espíritu Santo y de ninguna suerte podia dejar á aquel con quien estaba hecha un espíritu en Dios. Sin duda es muy verosimil que recojió el Espíritu Santo todas las potencias del alma de la Virgen y

Madre de Dios, y fuertemente se apoderó de toda su voluntad, entendimiento, amor y afecto: levantando su espíritu criado, para gloria del Padre, y á ella sujetándola á la ley, y á las escrituras que habia de su Hijo. De aquí es, que como el no se buscó á si mismo, sino el cumplimiento de la muy agradable voluntad de su Padre, y el remedio de las almas: así tambien la Sma. Virgen Maria no perdonó á su Hijo, mas ella de su voluntad lo ofreció á toda aquella pasion que el Padre queria que sufriese. Y no puso los ojos en el cuchillo de dolor que habia de traspasar su corazon, ni miró al preciosísimo tesoro de que habia de ser privada, mas toda con todas sus fuerzas se resignó en la muy agradable voluntad de Dios, estando dispuesta para sufrir todas las fatigas, aflicciones y tormentos que de ahí se le podian seguir.

Realmente ninguno ha de poner duda en que esta bienaventurada Virgen y Señora nuestra haya sido abrasada con tan escesivo amor para con Dios, y para con los hombres, y que haya deseado tanto la salud y remedio de las almas, que tambien élla con grandísimo gusto hubiera padecido la terrible muerte de la Cruz, como fuera esa la voluntad del Todopoderoso Dios.

Y porque esto no convenia que se hiciese, sufrió interiormente tanta cruz y dolor, cuanta pudo sufrir sin rompersele el corazon. Jamás ninguna mujer amó tanto á su Hijo, como la

Santísima Virgen al suyo: y por eso se rompía su pecho maternal incomprensiblemente por la grandeza del dolor: y ella misma con su Hijo llevaba por nosotros la cruz de la pasion, y sufrió el agudo cuchillo de dolor.

Ninguno basta á estimar de veras que cuidados, que cargas, cuanta pobreza, afliccion y molestia, haya sufrido por espacio de 33 años con su mismo Hijo. Por cierto que todas las aflicciones y persecuciones que su Hijo padeció de los judios, las padeció ella. Porque no es posible que (viéndolo ella) se le diese á su Hijo molestia ni dolor ninguno, con el cual no fuese juntamente atormentada el alma de la Santísima Madre, la cual por un maravilloso amor moraba en él.

Y que corazon podrá pensar, cuan grande haya sido la cruz y afliccion que padeció aquella tristísima noche, en lo cual su muy amado Hijo fué entregado en poder de aquella perversa gente, y desamparado de sus propios discipulos? Muy creible es por cierto (porque estaba llena del Espíritu Santo) que hubiese visto en espíritu todo el dolor y tormento, que aquella noche padeció su querido Hijo. Porque así como el no quiso perdonar á su hermosísimo, delicado y florido cuerpo por el remedio de los hombres, antes lo entregó á la muerte, así ni mas ni menos no perdonó al corazon de su Madre, permitiendo que fuese traspasado del cuchillo de dolor.

Por lo cual antes de su pasion le avisó de

toda ella, porque participase de todos sus merecimientos y aflicciones: y que sus pechos maternales llenos de todos los mecimientos, tuviesen siempre á mano leche de gracia, que comunicasen abundantisimamente á todos los que procurasen alcanzarla con devotas oraciones.

O Maria, Madre muy angustiada, cuan amarga y triste fué esta noche para tí! Como atormentó tu corazon el cuchillo que habia Simeon dicho, ó cuan llorosas palabras, cuan lastimosos gemidos, cuan encendidos suspiros embiaste al cielo! Con cuan fervoroso corazon rogaste al Padre por tu Hijo, ofreciéndoselo, y encomendádoselo todo! Y aunque con el cuerpo no te hablaba presente, mas eso que sabias que el padecia, de tal suerte hirió tu corazon, como si tu lo padecieras en tu propio cuerpo: y ese tu corazon se derretia, abrasaba y secaba dentro de tí como en un horno encendido, por el muy fervoroso amor, y por la llama de la afliccion y cruz que te abrasasaba.

Quien podrá pensar cuan encendidas palabras, cuan fervorosas centellas de amor arrojaria de si tu abrasado corazon? ¿Que por ventura decias de esta ó de otra manera semejante: oh Jesus, Hijo mio, Hijo mio dulcísimo Jesus, ¿quien te sacó de mi poder? ¿Quien apartó la Madre de tan amada prenda? ¿Como no te veo lumbre de mis ojos? ¿Quien me dará, ó Hijo mio, que padezca yo por

tí, y que por tí muera? Oh Jesus, consuelo único de mi corazon ¿porque no fui á morir contigo? ¿Porque no te seguí luego cuando te ibas? ¿O dulce Jesus, buen Hijo, á donde pasas hoy toda la noche? ¿En qué manos estás? ¿Que es por ventura lo que ahora padeces? Oh si los furiosos judios quisiesen ejecutar en mí su crueldad, solo con que tu salieses sin peligro ninguno? Por cierto mucho mas dulce me seria el morir, que verte á tí, Hijo mio dulcísimo, en tantas angustias. Muy grande es por cierto mi afliccion, mi corazon está lleno de amargura, mi espiritu se angustia con la grande fatiga, y mi dolor sobrepuja á toda humana afliccion. De esta manera ó de otra semejante se consumió á si misma toda aquella noche la bendita Madre de Cristo llorando, gimiendo y lamentando. Y como aquellos hombres crueles nunca cesaron de fatigar y afligir cruelmente al Hijo: tampoco cesó ni solo un punto de atormentar á la Madre el cuchillo del dolor.

O Maria Madre fidelísima, ¿con que ánimo seguiste entonces á tu Hijo? Verdaderamente tambien te movió á tí aquel amor que lo habia encendido á él, para que voluntariamente fuese al lugar donde le estaba aparejado el caliz de amarguras para que de la misma suerte fueses tú á donde estaba aparejado el cuchillo de dolor que habia de romper tu pecho virginal, y atravesar las entrañas de tu alma. ¿O gloriosa Reina del cielo con cuan-

tas lágrimas fuiste llevada de tus enemigos por aquel camino? ¿Cuanto los moviste á ellos á lágrimas con tu triste voz? ¿Quien podrá ponderar cuan triste jornada fué esta para ti? Cuanto mas te acercabas á la ciudad, tanto mas profundamente te engolfabas en tus dolores. Y no hay que dudar, sino que no fuiste hasta que pudieses llegar á tiempo que vieses á tu Hijo, ó cuando lo llevaban á Herodes, ó cuando de allí lo tornaban á Pilatos, ó cuando lo mostró Piletos al pueblo diciendo. ¿Veis aquí al Hombre? Empero que alma podrá comprender cuan grande seria el dolor que recibirías cuando á ese tu único Hijo tan cruelmente atado, tan miserablemente afeado de los golpes, saliva y sangre que casi parecía que habia perdido la figura de hombre? Y verdaderamente es de creer que el amable Señor miró á su Madre dulcísima cuanto apaciblemente pudo, y que con su vista amorosa suplicó lo que no pudo con palabras. Entonces, oh Madre dulcísima, cuan de veras se deritió tu corazon dentro de sí! No de otra suerte que la cera al calor del sol. Como casi toda te deshiciste en lágrimas? Y aunque estas cosas no se hallen en los Evangelistas, las habemos escrito aqui para despertar en nosotros la devocion y compasion para con la bienaventurada Virgen? Más cada uno las puede y debe pensar dentro de sí mas íntima y profundamente.

Entre tanto que esto pasaba, la muy des-

consolada Virgen Maria Madre de Dios buscaba con grandísimas ansias ocasion de ver á su Hijo, para recibir de él si quiera una palabra de consuelo, ó ella se lo diese, y para despedirse de él. Mas, como no se le daba lugar para que se llegase á él por la gran muchedumbre de los soldados que lo cercaban, y por todas partes lo acompañaba, se fué (como algunos Santos afirman) por otro camino anticipándose á la gran multitud de gente que lo seguia, para que asi le pudiese salir al camino á su amado Hijo. Y aunque totalmente estaba acabada, y sin ningunas fuerzas por el gran dolor que la pasion de su Hijo le habia causado, mas el amor fortísimo con que lo amaba, y el gran deseo de verlo, le aumentó las fuerzas: de manera que pudiese prevenir á los que lo llevaban.

¿Quien, ruego yo encarecidamente, podrá comprender el dolor y las angustias que traspasarían su alma, cuando viese el consuelo único de su corazon tan miserablemente desamparado, y cargado con el grande peso de la Cruz? ¿Cuando viese su muy agradable rostro (el cual habia ella abrazado tantas veces con la tierna devocion) tan torpemente afeado, y tan miserablemente tratado? ¿Cuando viese su venerable cabeza (la cual habia ella con mucha reverencia llegado á su ardientísimo corazon) toda con gran crueldad barrenada con una horrible corona de espinas? Y finalmente cuando viese que á su Dios y Señor le hacian tan-

tas injurias y afrentas, y que iba condenado como un ladrón? ¿Quien dudará de que entonces fué terriblemente atravesado su piadosísimo corazón con el cuchillo de dolor, viéndose á su muy amado Hijo, á quien habia traído en su vientre, tan afeado con la sangre y con las salivas, y tan afligido con las muchas heridas, y tan despreciado y ultrajado de todo el mundo? No hay que dudar sino que si la misericordia de Dios no la guardara, y le diera ánimo, que su devotísimo corazón se rompiera de pura tristeza y dolor. Porque de tal suerte le habia ocupado el alma la fuerza del dolor, que estaba oprimida como debajo de una muy pesada piedra, que no podia arrancar del cuerpo siquiera una palabra.

Mas en todo eso no hizo algun viaje descompuesto, ni se vió en ella alguna fealdad no acostumbrada, ni en lo exterior mostró alguna señal de impaciencia, como quien de todo punto estaba resignada en Dios, y sin alguna eleccion ni propio gusto se creía arrojada y entregada toda á su muy agradable voluntad. Y como estaba llena del Espíritu Santo, sabia de los profetas que su Hijo habia de morir; y que por eso habia tomado carne mortal, y que así le habia parecido al Padre Eterno: y por esa razon no podia ella desear otra cosa. De aqui es que así como Jesucristo Ntro. Señor se ofreció de su voluntad como hostia viva al Padre Eterno por el remedio de los hombres, así tambien la bien-

aventurada y dulcísima Virgen Maria ofreció á su Hijo por la salud del linaje humano; y le fué de mucho mas gusto perder su contento que estorbar el rescate de los hombres. Además de que no se podia encerrar en lo interior de su alma el encendidísimo amor que á su Hijo tenia, mas así como allá dentro abrasó, consumió y derritió el corazón: así acá fuera arrojó fervorosas lágrimas, oscureció su vivo color, y arrancó innumerables y muy profundos suspiros: de suerte que en su muy triste y lastimada disposicion exterior, se mostrase la angustia y fatiga de su espíritu. Mas como entendia que era la voluntad de Dios que juntamente padeciese con su Hijo, se ofrecia á ello con grandísimo contento, deseando morir con él por remediar á los hombres miserables. Empero tuvo el dolor encerrado en lo secreto de su pecho, porque no queria consuelo ninguno de los hombres, sino perseverar en aquel dolor hasta que el mismo Dios la librase de él, y la consolase. Por eso habia seguido á Jesucristo, para llevar juntamente con él la cruz: por eso fué al Calvario, para ser allí en lo interior crucificado con él espiritualmente: por eso estuvo en pié junto á la Cruz, para que el cuchillo de dolor le atravesase el corazón, y fuese hecha reina de todos los mártires.

La cruz y la afliccion es una joya excelentísima con que Dios suele premiar á sus amigos: y esta fué la que dió á su Hijo, y á la

Santísima Virgen, y á todos sus especiales amigos.

XI.

ANGUSTIA DE LA VIRGEN.

¡O en cuantas angustias estaría la Santísima Virgen Maria Madre de Dios! Cuanto lastimaria su corazón cada golpe de los martillos con que crucificaban á su Hijo! Como llevó en sí toda la Imágen de la Cruz, estando naturalmente estampada, y casi trasformada á ella? Y no hay que dudar sino que por la grandísima compasión fué crucificada en ella juntamente con él, y todo lo que Cristo padeció en lo exterior, lo padeció ella interiormente. Estemos tambien nosotros junto á la Cruz en pié con la piadosísima Madre: nos hará al caso detenernos aquí un poco, salen aquí de madre los ríos de gracias y dones. Seamos tambien nosotros heridos de dolor y compasión en la cruel pasión de Cristo en la virtud de nuestras almas, juntamente con la afligida Madre Maria, y de serlo hemos (si somos hijos de gracia) pues el es nuestro hermano, nuestra carne y sangre, y nuestros pecados son sin duda los porque padece.

XII.

MARIA AL PIE DE LA CRUZ.

Mas que tristeza y que dolor ocuparia entonces el corazón de la venerable Virgen Maria, Madre de Dios, viendo colgado en la Cruz y muerto su consuelo único, y todo el regalo de su alma! ¡O como penetraria aquella aguda y poderosa voz su corazón piadosísimo cuando su muy amado, y unigénito Hijo llorando grandemente dió su espíritu! ¡Como su alma santísima se derritió toda con el encendido fuego del amor de Cristo, y como una cera blanda recibió en sí la imágen lastimosa del sello, conviene á saber, de su Hijo difunto! Toda sin duda hecha semejante y trasformada en la imágen crucificada de su Hijo, y muerta, y por todas partes atormentada: de suerte que ella ya no vivia en sí misma, sino en su amado Hijo, y él en ella. Porque si la fuerza del amor de Cristo tenia á San Pablo tan arrobado que pudo decir, «vivo yo, ya no vivo yo, mas Cristo es el que vive en mí.» Y en otra parte dice, «juntamente con Cristo estoy crucificado en la Cruz, y la marca y las señales de Jesucristo traigo en mi cuerpo:» cuanto mas se ha de creer, que le haya sucedido esto á la bienaventurada Virgen Maria cuyo amor excedió sin duda al amor de todos

los hombres, como la muy ancha mar á un río muy pequeño?

Veamos ahora cuan tristes exequias, y lamentables ceremonias le celebraron al cuerpo difunto de Cristo, así la Virgen sin man-cilla, como los otros amigos y familiares del Salvador. ¡Oh con cuantas ansias, con cuanta devoción abrazó la piadosísima Virgen la luz de su Hijo, recibiendo con gran veneración aquella sangre según que sabía de su costado! ¡Oh cuantas veces estendió á él sus brazos deseando recibirlo, y abrazarlo aun con sus miembros exteriores, como lo tenía ya esculpido y estampado en su alma! Oh con cuanta devoción, y cuan amorosamente abrazó con sus brazos maternales el cuerpo de Cristo muerto en quitándolo de la Cruz, y lo juntó á sus pechos; y cuan fuertemente fueron entonces heridas sus entrañas de nueva compasión! Y como la alma se derretió en amor, y se deshizo de lágrimas, como la cera junto al fuego! ¡Oh quien podrá con render con cuanto amor cayó sobre el rostro del Hijo así destil-gurado, y grandemente afeado, y no se ha hartado de besarlo, no solamente lavándolo con encendidas lágrimas, sino regándolo abundantísimamente con ellas! Y también la muy fervorosa enamorada de Cristo María Magdalena con cuanta devoción se derretió delante de aquellos pies, á donde en tiempos pasados habia alcanzado tanta gracia.

¡Oh, como aquella Madre venerable, discurre-

riendo por todos los miembros y llagas las miraba y besaba! Llorando sobre cada una, y lavándolas con lágrimas, y examinando y pensando sobre si misma los dolores de cada uno de los miembros, dando en cada uno de ellos incomprensibles gemidos: y conforme á su deseo componiendo con su encendido amor de la sangre y de los tuétanos de su corazón un excelentísimo unguento, y ungiendo con el todas sus heridas y llagas. ¡Oh como corrían entonces las encendidas lágrimas como arroyos sabrosísimos, por el muy dulce rostro de aquella piadosa Madre, como se anticipan las unas á las otras, deseando como á porfía tocar el cuerpo de Cristo! Y aun como dice S. Agustín, ¿quien de los ángeles pudo allí dejar de solemnizar aquel lloro, viendo á su Rey y Señor acabado con tan fea y afrentosa muerte, viendo al autor de la naturaleza contra el orden de ella, muerto en la naturaleza humana? Como se espantaron aquellos resplandecientes querubines, y aquellos encendidos serafines de esta inefable caridad, viendo que habia muerto de amor la vida? Por cierto aquellos bienaventurados y celestiales espíritus veían delante el cuerpo santísimo de Cristo con gran crueldad despedazado, descoyuntado y muerto, y á la muy piadosa Virgen y Madre abrazándolo con grandes ansias, y teñida con la sangre del Hijo, derramando lágrimas en tanta abundancia, que no se podia contener. Y que S. Juan ¿Cómo pensamos que

se conformó con su tristesima Madre, llorando y doliéndose, y la acompañó fidelísimamente? ¿Como consolándola muy piadosa y suavemente le persuadía, que por algun voto pudiese fin á sus lágrimas, y á su mismo dolor? ¡Oh como él tambien con gran pena y angustia de espíritu se volvió al sagrado pecho de Cristo, á donde poco antes habia descansado con toda suavidad: derramando una grande avenida de piadosas lágrimas en aquella fuente de donde habia bebido agua de sabiduría saludable!

Luego José, y los demás amigos del Señor le rogaban encarecidamente á la Virgen Santísima, que diese lugar á que se compusiese y aparejase el cuerpo del Señor para sepultarlo: pues ya se hacia noche. La Madre piadosísima respondió con una voz lamentable diciendo: «Haced misericordia de mi, siquiera vosotros que sois mis amigos, y no me apartéis tan presto de mi querido Hijo. Ruegoos que no me querais quitar tan presto al que traje en mis entrañas. Dejadme, siquiera despues de muerto gozar de aquel á quien no pude tener vivo. Suplicoos que se me dé ahora licencia para mostrar á su cuerpo la benevolencia y amor que no se me concedia en la pasión. Riegue yo ahora con mis lágrimas á aquel á quien en su terrible sed no me dejaban dar ni una sola gota de agua. Harte yo ahora mi alma llorando y gimiendo con aquella con cuya dulcísima presencia no pude ser recreada

conforme á mi deseo entretanto que padecia. No querais os ruego, no querais apartar la madre de su Hijo, ni me quiteis tan en breve á aquel que desée tanto tiempo; ó á lo menos sepultadme juntamente con mi muy querido Hijo.»

Pues no era poca la pena que esto les daba: porque el dia que se les iba ya acabando los apresuraba, para que entregasen el cuerpo á la sepultura, y por otra parte (como era razon) tenia grandísima lástima á los terribles dolores de la tristesima Madre, porque como ya estaba tan afligida, no querian darle nueva pasión.

Por tanto daban lugar á que el amor obrare: y permitian que se cumpliese un poco su muy encendido deseo. S. Juan con suaves y prudentes razones la ablandó luego, rogándole que dejase sepultar á su Hijo: al punto la gloriosa Virgen (no sin mucho dolor) dió lugar á ello. Pues, ¡oh con cuanta devocion y afliccion acompañaba el lamentable entierro de su Hijo, sustentando su sagrada cabeza, fijados los ojos en su rostro, besándolo innumerables veces, y regándolo con sus lágrimas!

¿A donde, pregunto yo, pudo tener la muy desconsolada Madre tantas lágrimas como hoy derramó? ¿Como pudo sufrir su muy piadoso corazon esta angustia y dolor intolerable?

Sin duda que hizo esto el muy encendido amor, y mas poderoso que la misma muerte. ¡Oh con qué dolor, y con qué sollozos dejó

tan amado y tan piadoso tesoro! ¡Y cuan amorosamente abrazó el sepulcro! Como ya que no con la lengua (porque no hubiera podido hablar palabra fatigado con tantas angustias de corazon) á lo menos diria con el alma. » ¡Oh dichosa tumba! ¡oh preciosa piedra! ¡oh perla excelente! ¡oh bondad admirable, que tan ilustre tesoro, y tan inmenso Señor tienes en tí encerrado! ¡Oh vaso escogido, venturosa criatura que mereciste recibir en tí á tu criador; y hospedar al rey de la gloria! Deja tu rigor y aspereza natural; y ablándate; para que con reverencia abracés los delicados miembros de mi amado Hijo. ¡Oh arca gloriosa! ¡oh templo excelente de Dios, el mas semejante á mí entre todas las criaturas! Pues como yo fui escogida de él para tener á su Hijo en mis castisimas entrañas, así tambien te señaló á ti para que recibieses el venerable cuerpo de Cristo, esto es, el glorioso órgano de la Sma. Trinidad, con que obró Dios tan maravillosamente, y que con su excelencia y dignidad sobrepuja el inestimable tesoro del mundo, y bien mas principal, que es el cielo y la tierra. Y como tu eres nuevo, y hasta ahora no te has ensuciado con el tocamiento de otro cuerpo, así tambien yo estoy limpia y libre del tocamiento de todas las escrituras. Y como de ti, estando cerrado, volverá á salir á nueva vida el Salvador del Mundo; así tambien salió de mi vientre estando cerrada la salud del mundo. Y finalmente como tu eres piedra firme y que no se

mueve, así tambien persevero yo en la fé y en las demás virtudes, sin mudarme ni ser vencida.»

Tiene este sepulcro del Señor cierta imagen y forma de aquel sepulcro espiritual que habia aparejado en su corazon la gloriosa Virgen á su muy amado Hijo. Porque como este sepulcro se labró y perfeccionó, con agudas puntas de acero, con pieles y escoda: así permitió la gloriosa Virgen que con el cuchillo de dolor en lo mas secreto de su alma se labrase un lugar acomodado, y un sepulcro realmente muy conforme á tan afligido y atormentado cuerpo, pues ama Dios el corazon atribulado y humilde y lleno de angustias. Y como ninguno habia sido puesto en este sepulcro, así tampoco ningun amor ni afecto peregrino de las criaturas habia inficionado, ni en un pelo siquiera, el corazon devotísimo de la Sma. Virgen y Madre. Porque ella es la puerta cerrada, que jamás se abrió á nadie, por donde solamente entró el príncipe y rey de Israel.

Fuera de esto, este sepulcro estaba en un huerto: porque la Purísima Virgen es huerto cerrado de su querido, cercado de discrecion y prudencia, pues fué llena de tanta luz y discrecion que nunca en su huerto pudo entrar algun mal, ni aun debajo de capa de virtud: ni habia el mas pequeño resquicio en él por donde pudiese meter los ojos ni una vez siquiera aquella insidiosa y sucia serpiente; que no solo se habia atrevido á entrar en su pa-

raiso á donde estaba Adán, mas á ensuciarlo. Asi mismo este huerto de la Sma. Virgen fué plantado de todo linaje de yerbas de virtudes, que no habia lugar en el desocupado donde pudiese salir alguna mala yerba. Aunque para singular gloria de esta Sagrada Virgen creció en ella la flor del campo; y el lirio de los valles, y la excelente y olorosa flor de Jesé, en donde descansó el Espiritu Santo, y la muy fresca rosa de Jericó y estendióse tanto esta bienaventurada viña, dando evidente señal de su divina y singular bendicion, que sus sarmientos suben á lo alto, su olor desecha todo linaje de ponzoña, y hace huir las serpientes. su vicio alegra el corazon y lo enciende, y (conforme á lo que dice Zacarias) engendra vírgenes. Tambien tuvo la Madre santísima una sábana limpia, conviene á saber, una vestidura de simple obediencia, de inocencia y de enterísima virginidad, á lo cual no faltó el acibar de muy amargo dolor, y la mirra de intolerable afliccion. Tuvo finalmente el muy precioso bálsamo, y los ungientos y olores de todas las virtudes, y así envolvió á su Hijo Jesucristo y lo ungió y sepultó en el sepulcro sacratísimo de su pecho.

Rumiemos tambien ahora en el alma, con cuanta tristeza se apartaria del sepulcro la Madre afligida, y como este seria su perpetuo pensamiento: conviene á saber, á quien habia perdido, y cuan inestimable prenda era la que habia dejado debajo de la piedra. ¡Oh

con cuanta compasion la llevarian del sepulcro S. Juan y los demás amigos, porque ya estaba casi consumida y acabada! Verdaderamente no es hijo vivo de gracia sino abortivo, insensible y muerto, y que no merece leche de gracia de sus pechos maternales, cualquiera que no se compadece de esta Sacratísima Virgen y Madre y aun Señora nuestra, así desconsolada y afligida, y tan gravemente lastimada. Pero tambien nosotros sepultamos (como está dicho) en nuestros corazones en compañía de esta Sma. Virgen y Madre á Jesucristo para que resucitemos por él, y en él, de todas las obras de la muerte, y juntamente con él subamos tambien á gozar felicísimamente de la gloria del Padre ayudándonos el mismo Jesucristo que es bendito en los siglos. Amen.

XIII.

ORACION A LA VIRGEN.

Encomiéndate á la Santísima Madre la Virgen Maria, y á todos los otros cortesanos del cielo. Realmente si de corazon pidieres favor á la Virgen Maria, si con humildad y confianza acudieres á ella, ella misma te abrirá la entrada del Cielo, que por ventura te lo tenian cerrado tus pecados y la justicia divina: porque es madre de misericordia, y puerta del paraíso.

¡O Maria dulcísima, Madre de Dios, oh reina gloriosísima del cielo, ten misericordia de mí! Ruega por mí, oh azucena de la resplandeciente y siempre tranquila Trinidad, para que por tí abrace con amor perfecto á tu Hijo Jesucristo, y para que sea hombre conforme á su corazón.

IX.

FORMAS DE SALUTACION.

ORACION PRIMERA.

Dios te salve, Señora excelentísima, y entre los Santos despues de Dios Santísima Maria: la cual siendo admirable con tu maternidad original, y con tu virginidad maternal, engendraste á Jesucristo Salvador del mundo. Tu, muy agradable templo de Dios, tú venerable sagrario del Espíritu Santo, tú, glorioso lecho de la Sma. Trinidad. Por tí, Señora, vive el mundo, y con tu memoria se alegran y recrean las almas fieles. Inclina Señora, te ruego los oídos de tu piedad, á las oraciones de este siervo tuyo, de este miserable pecador, y deshaz las tinieblas de mis vicios, con los rasgos de tu santidad, para que te agrade.

Dios te salve, Maria Madre benignísima de

misericordia, Dios te salve, muy deseada reconciliadora del perdón y de la gracia ¿Quién no te ama? ¿Quién no te reverencia? Porque tu eres amada lumbre en las cosas dudosas, consuelo en las tristezas, alivio en las angustias, refugio en los peligros y tentaciones: tu despues de tu Hijo eres muy cierta salud de los fieles. A tí te llaman, y lo eres entre todas las mujeres, la mas excelente, la mas graciosa y la mas agradable de todas. Bienaventurados, Señora, los que te aman: bienaventurados los que te reverencian: bienaventurados tres y cuatro veces y muchas mas aquellos que por la santidad se te han hecho muy familiares. A tu piedad encomiendo mi alma y mi cuerpo: guíame, enséñame, defiéndeme, cada hora y cada momento, ¡oh dulce amparo mío!

Dios te salve, Maria ilustre sala, y resplandeciente palacio de el Emperador Eterno: Dios te salve, oloroso recordadero de la Divinidad. Tu eres aquella mujer amable, piadosa, prudente, generosa, graciosa y venerable. Tu eres aquella Reina del cielo y de la tierra, que te levantas como cuando el alba sale, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible á los demonios como ejércitos ordenados de gente de guerra. Concédeme, Señora, que entre las tempestades de este mundo siempre ponga en tí los ojos, y despreciando las cosas visíbles, contemple aquellas hermosuras deleitosas, y aquellos deleites hermosos del paraíso.

Dios te salve, muy resplandeciente estrella, y clarísimo resplandor Maria, de la cual nació el Sol de justicia Jesucristo nuestro Dios. Tu eres aquella Virgen hermosa sobre toda hermosura, tu eres aquella Madre graciosa sobre toda honestidad, que por todo el mundo miras con ojos benignísimos á los hijos devotos de la Iglesia. Tu dulce nombre recrea á los cansados, tu sereno resplandor alumbrá á los ciegos, el suave olor de tus ungientos alegra á los justos, el fruto bendito de tu vientre harta á los bienaventurados: tu la primera despues de Dios mereces las alabanzas de los ángeles y de los hombres. Ruega por mi Señora: para que ayudado de tus oraciones, merezca ver y glorificar en Sion á Cristo, Dios de los dioses, y á ti Señora de los ángeles.

Dios te salve, Madre bienaventurada de la suma clemencia y del sumo contento, Maria, por quien nos vino la bendición celestial y la felicidad eterna. Porque tu bendita entre todas las mujeres, llena de dones espirituales, nos pariste al Redentor. De ti tomó carne, y de tu vientre virginal salió aquel niño Jesucristo único autor de la salud, que ninguna cosa hay mas suave, mas hermosa y mas excelente que él: y despues de él ninguna se puede pensar mas excelente, mas divina ni mejor que tú. El acordarse de ti alegra los tristes, el contemplar en tí regala á los Santos, y el reverenciarte fielmente limpia á los pecadores: todos los hijos de Dios hallan en

ti un agradable reposo espiritual. Alcánzanos Señora, te ruego, perfecta pureza de corazón: para que sea del número de aquellos que merecen ver y alabar en los siglos á tu unigénito Hijo, y á ti, Reina del cielo.

Dios te salve, Maria Virgen muy compuesta, Virgen mas serena que el sol, mas resplandeciente que las estrellas, Virgen mas dulce que la miel y mas suave que el bálsamo, Virgen mas colorada que las rosas, y mas blanca que las azucenas. Tu eres fuente de huertos floridos, tu pozo de aguas vivas, tu trono dorado del verdadero Salomon, tu vaso purísimo sin amargura ninguna, tu recámara muy limpia, que por todas partes echas de ti suavísimo olor. Dios te crió Virgen sin mancha, Dios te escogió sierva humilde. Dios te codició, esposa amable: tu eres la gloria de todo el linaje humano, y singular milagro de todo el mundo. No te apartes, Señora, de este miserable pecador: sino hazme de sucio limpio, de malo justo, de remiso solícito y alegre, y de seco devoto.

Dios te salve, esperanza oportuna de los que desesperan de ti, y muy cierta valedora de los desamparados, Maria: cuya honra tanto estima el Hijo, que al punto alcanzarás cuanto pudieres, y harás cuanto quisieres. A ti estan encomendadas las llaves y tesoros del cielo. Tu mas honrada que los querubines, y mas cercana á Dios que los serafines. Tu eres el lustre excelentísimo de tus padres

Abrahan. Isaac y Jacob: Toda edad, sexo y lengua, confiesa la gloria de tu nombre, el resplandor de tu dignidad, y la abundancia de tu piedad.

Levantada estás, oh Señora, sobre todos las coros de los ángeles; como á los días del verano te rodean flores de rosas y lirios de los valles. Sáname, oh bienaventurada, y seré sano, librame y seré salvo, y alabarte he eternamente. Amen.

ORACION SEGUNDA.

Dios te salve, alegría del cielo, y gozo de la tierra, Maria. Tu despues de tu Hijo eres Señora de todas las criaturas: de suerte que tambien á tu nombre se humillan las rodillas de los del cielo, de la tierra y del infierno: á tí obedecen con grande diligencia los poderes angélicos. Tu eres aquella Madre serenísima de la luz, que amorosamente alumbrá las almas de los que te aman. Tu eres aquella Madre dulcísima de piedad, que llevas á tus fieles servidores venturosamente á las deleitosas moradas del paraíso. Tu eres aquella hermosa como paloma que está sentada junto á las corrientes de las aguas, cuyas vestiduras echan de sí olor de inestimable suavidad; á tí alaban los ejércitos de los bienaventurados y de continuo te bendicen. A tí, Señora, se levanta mi rostro, á tí

miran los ojos de mi corazón, en tí confía mi alma, ten misericordia de mí, y guíame á la patria de la claridad eterna.

Dios te salve, Virgen y Madre de Dios sin corrupcion ninguna, y libre de todo pecado. Dios te salve, Maria, refugio certísimo de los que acuden á tí. Tu eres torre fortísima, y muy seguros están los que están cercados con esas murallas: tu fidelísima defensora de todos los que te alaban. Tu eres nube resplandeciente, que templas el ardor de las tentaciones; tu eres rocío muy sazonado, que apagas el fuego del infierno: tu eres llave llena de piedras preciosas, que abres la puerta del paraíso. Tu eres grano puro sacado de la paja: tu lirio entre las espinas, y flor de los valles. Toda eres mansa, toda alegre, toda resplandeciente, y toda benigna. Tu alumbras á los que están lejos de tí con los rayos de tu misericordia: y á los que están cerca los recreas con suavidad de devoción. Socórreme, oh dulcísima abogada; y pasadas las tempestades de esta vida llévame al puerto de la salud eterna.

Dios te salve luz de los profetas, y honra de los apóstoles, mártires, confesores y virgenes, Maria. Tu eres palma bellísima de justicia tu nardo olorosísimo de castidad; tu huerto florido lleno de celestiales deleites: tu arca de la ley que contiene en sí el dulcísimo Maná: tu tierra bendita que produce el fruto benditísimo: tu piedra espiritual, de donde mana bebida copiosísima: tú fuente sagrada,

de donde nace un rio muy caudaloso. ¡Oh Maria, cuan santa eres tú, y yo cuan soberbio; cual alta eres tú, y yo cuan miserable! Oh Virgen sin mancilla, cuanta distancia hay entre tu pureza mas que angélica, y mi torpeza intolerable. Limpia, te ruego, mi corazon de las manchas de los pecados; quita de mí todo lo que ofende tus virginales ojos. Aparta mi alma de los deseos terrenos; y fijala en el amor de las cosas celestiales, para gloria eterna de tu unigénito Hijo.

Dios te salve, piedra preciosa, y perla singular del linaje humano despues de tu Hijo, Maria. Toda eres hermosa, oh Virgen: toda eres hermosa, y no hay en tí mancha ninguna. Jamás se pegó á tu alma castísima torpeza ninguna, ni le faltó ningun ornamento espiritual. Tu haces ventaja á los Patriarcas en la fé, á los Profetas en la ciencia, á los Apóstoles en el celo santo, á los Mártires en la paciencia, á los Confesores en la humildad, y á las Vírgenes en la inocencia.

Tú adornada de dones inefables arrebatas la admiracion á todos los cortesanos del palacio celestial. Tu eres sol clarísimo que jamás se pone; sol que de la tierra alumbras los cielos; sol que del cielo alumbras la tierra: sol que deshace los males del pecado. Mucho me averguenzo, Señora, por la obscuridad de mi torpeza, cuando considero el resplandor de tu santidad: empero véme aquí, Señora, derribado á tus pies, conozco mi pecado. No

me desprecies, te ruego, oh esperanza mia suave. Tu grande misericordia ayude á mi grande miseria.

Dios te salve, Virgen sacratísima, y entre las mujeres benditas singularmente illustre con particular bendicion, Maria. Tú valle ameno, florido con lirios de virtudes: tu paraíso bienaventurado lleno de deleites de consuelos: tú rosa bella de donde sale inefable suavidad: tú concha escojida, que destila grosura de sabroso amor; tú resplandeciente estrella de Jacob que adornas todos los cielos: tú florida vara de Jesé que alegras todo el mundo. Todos los bienaventurados espíritus se admiran de tu hermosura, de tu aseo, de tu dignidad. Oh ilustrísima Señora que estás sentada sobre todos los coros de los ángeles, que alcanzaste la silla mas cercana á Dios, atiende, te ruego, á mis calamidades y gemidos. Visita y consuela á este inútil siervo tuyo; y libre de los pecados, haz que en todas las cosas te agrade.

Dios te salve, singular ornamento del cielo, y singular defensa de la tierra, Maria: Dios te salve, Madre gloriosa del Rey eterno: gózate muy deseada reparadora de la gracia perdida. Tú, Señora, tienes con tu Hijo el comun imperio de todas las cosas: á ti con mucha razon inclina la cabeza toda edad y sexo: y justamente se arrodilla el mundo á tus pies. Porque despues de la inefable Trinidad, no tiene la corte celestial cosa ninguna mas admirable que á tí. A tu nombre tiemblan los

demonios, á tu resplandor huyen los poderes de las tinieblas: á tu mandamiento se abren las puertas del paraíso: tu después de tu hijo eres la esperanza de todos los cristianos. O reina de misericordia, vida y dulzura, á ti da voces este miserable Hijo de Eva, á ti suspira este pobre desterrado en este valle de lágrimas: suplicote, Señora, no me vuelvas el rostro, sino ayuda al que trabaja, defiende al que pelea, esfuerza al que está temeroso; y después de este destierro muéstrame el fruto de tu vientre Jesucristo.

Dios te salve, purísima oficina del Espíritu Santo, y muy limpio sagrario del Verbo divino. Dios te salve, Santísima Madre y Virgen Maria: que pariste á Jesucristo gozo de los ángeles y de los hombres, y al mismo nacido Niño lo envolviste en pañales, y lo aprestaste con fajuelas, y lo trajiste en tus brazos, y lo abrigaste en tu regazo, y lo mantuviste de tus pechos, y lo halagaste con abrazos y besos. Ruégote, Señora, y encarecidamente suplico á ese piadoso pecho, por el cuidado maternal, y por la solicitud cuidadosa con que serviste á tu Hijo en los primeros años de su niñez, que delante de él seas mi intercesora y abogada, que borres mis pecados; me alcances gracia y derrames en mi luz, y me llesves á la vida eterna. Amen.

OTRAS SALUTACIONES Á MARIA.

Dios te salve, clarísima estrella; de donde nació el sol de justicia y el rey de la gloria, amador y redentor de nuestras almas. Nosotros, oh Virgen admirable, con lo devoción que podemos te reverenciamos, como á Madre de Dios y nuestra, y Madre de la luz eterna, apacienta nuestras almas con tus influencias divinas, á gloria del mismo tu unigénito Hijo. Amen.

Dios te salve, azucena blanca de la resplandeciente y siempre sosegada Trinidad, Dios te salve olorosísima violeta de la divina suavidad. Dios te salve fresca rosa del celestial paraíso, Virgen Maria: de la cual quiso nacer Jesucristo, rey de los cielos, y resplandor de la gloria paternal, y ser con su leche mantenido. Ayuda, oh Madre, á mi flaqueza en todas las tentaciones y necesidades, en todos los peligros de mis pecados, y en la hora de mi muerte: para que ayudándome y defendiéndome tu, merezca estar siempre seguro en el Señor. Amen.

XVI,

ORACIONES.

1.

Oh santísima Maria Madre de Dios, ruégote por la sacratísima Encarnacion, nacimiento, vida, pasion y muerte de tu Hijo y mi Señor Jesucristo, que hayas misericordia de mí, y me alcances cumplido perdon y gracia. Ea pues, mi singular abogada, vuelve á mi tus misericordiosos ojos. Socórreme de continuo, piadosa gobernadora, mientras navego en el peligroso mar de este siglo, en especial al fin de esta presente vida; para que alumbrándome tú, queriéndome tú, y encaminándome tú, llegue venturosamente al puerto de la celestial Jerusalem, adonde te ame, alabe y glorifique por todos los siglos. Amen.

2.

Ten misericordia de mi, Señora, ten misericordia de mi porque desde tu niñez creció contigo la misericordia. Ayude la grande y soberana misericordia de la piadosísima Madre á la grande miseria de este muy miserable pecador. Concédeme, oh benigna, que sea del número de aquellos á quien tu como á hijos amas, enseñas, guías, recojes y defiendes: porque tu eres y serás siempre des-

pues del Señor, mi dulce esperanza y dulce consuelo de mi alma. Ojala pudiera hacerte algun agradable servicio. Yo hasta ahora no te serví como era razon: y por este descuido y ofensa mia te ofrezco el sabroso corazon de tu unigénito Hijo Jesucristo. Oh mi querida defensa, sal al camino al que te busca, y ayuda al que en tí confia. Aparta mi alma de cuantas cosas hay debajo del cielo, dándole á gustar los dulcísimos sorbos de la alegría eterna, á gloria de Dios. Amen.

XVII.

ORACIONES DEVOTAS Á LA

VIRGEN MARIA.

1.ª Dios te salve, Maria, Dios te salve Virgen sacratísima, á la cual escogió Dios por su Madre antes de los siglos. Tu eres aquella medianera entre Dios y los hombres, por lo cual se juntaron las cosas altas con las bajas. Tu eres principio de la vida, tú puerta de la gracia, tú puerto del naufragio que el siglo padecía. Alcánzame, te suplico, perfecto perdon de mis pecados, y perfecta gracia del Espíritu Santo: para que ame á tu Hijo mi Salvador, y á ti, Madre de Misericordia, te sirva con cuidado y te ame con casto y encendido amor.—Dios te salve, suave Maria, á la cual

señalada con diversas figuras y prometida con diferentes testimonios de los profetas, desearon grandemente los Padres antiguos. Recíbeme, oh Señora, por el mas mínimo siervo tuyo, adóptame, oh Madre, por Hijo tuyo: concédeme que sea del número de aquellos, que teniéndolas esculpidas en tu virginal pecho las amas, encaminas, amparas y defiendes.

Dios te salve, dulce Maria, á la cual preservó Dios del pecado original, con un privilegio honroso, y la adornó de gracia singular y dones soberanos. ¡Oh Virgen excelente, Virgen serena, Virgen purísima! ¡oh niña escogida entre millares! no desheches á este pecador, no le des mano á este que está lleno de torpezas de pecados: mas oye al miserable que te llama, consuela al que te desea, y ayuda al que espera en tí.

Dios te salve, suave Maria, cuyo nacimiento deseado de los siglos, y esperado de las gentes, ilustró el mundo con nueva luz, y lo alegró con nuevo gozo. ¡Oh doncellita de perfecta inocencia, alcánzame verdadera santidad de vida, deshaz en mi todo lo que desagrada á tus virginales ojos! ten misericordia de mi Señora, ten misericordia de mi: porque desde tu niñez creció contigo la misericordia.

Dios te salve, suave Maria, á la cual hinchó Dios de toda hermosura temporal, y de toda honestidad de costumbres, y la hizo amable á todos. Oh bellísima y graciosísima Virgen, adorna te suplico mi alma, con la

hermosura espiritual, ingiere en mi corazón unos afectos vitales de santa castidad, para que te agrade, y te ofrezca sacrificio acepto.

Dios te salve, suave Maria, á la cual ofrecieron en el templo sus santísimos Padres, y la dedicaron al culto divino: á donde viviendo tú una vida angélica, toda humilde, toda piadosa, toda mansa, toda benigna atraías benignamente á cuantos te miraban á una santidad y pureza de vida. Concédeme que todos sientan en mi un olor sacado de tí, de santa vida y costumbres: de manera, que cuanto fuere de mi parte á nadie sea penoso, á nadie escandalice, antes los consuele á todos; y los provoque al amor de Dios, y al desprecio del mundo.

Dios te salve, suave Maria, la principal de las Virgenes, la cual consagrándote á Dios le ofreciste con alma agradable voto de virginidad. Tú eres perfectísimo dechado de toda castidad y santidad: tú eres aquella Santísima Virgen, y que juntamente nunca diste ocasion á deseo ninguno malo: cuya purísima y perfectísima conservacion y vida con cierta luz celestial penetraba, y hacía mas castos los corazones de los que la miraban. Alcánzame, te ruego, una pureza verdadera de alma y cuerpo, para que no reciba en mí cosa ninguna torpe, ni admita cosa ninguna viciosa ni de consentimiento á deleite ninguno sensual: mas pasando con la voluntad y con el entendimiento todos los movimientos carna-

les, en solo Dios me deleite y descanse. Amen.

2.º Dios te salve, suave Maria, á la cual ocupada en ejercicios, y oraciones santas, consolaba Dios con la comunicacion de los ángeles, y con el gozo inefable de la pureza de la conciencia. Alcánzame, te suplico, por tus merecimientos, que ame la quietud y el silencio, y que con un sencillo afecto de corazon, y con una alegría serena de alma me ocupe en oraciones y en los demás ejercicios espirituales. Esos sean mis queridos regalos, mientras estoy en la miserable carcel de este cuerpo.

Dios te salve, suave Maria, que siendo Virgen por consejo divino fuiste desposada con José que tambien era Virgen: no consientas, oh consoladora de los corazones, no consientas que me aleje de ti, mira con esos benignísimos ojos á este que desea agradecerte. Porque así como no es posible que viva eternamente, ni se salve aquel á quien como á enemigo despreciares: así no es posible, que se pierda eternamente aquel que volviéndose á tí le mirares. Sal, Señora, al camino al que te busca, guia al que te ama, comunica al en que en tí confia. Téngate cerca de continuo, para que halle por tí salud y remedio.

Dios te salve, suave Maria, á la cual estando en contemplacion de cosas celestiales, saludó con gran reverencia el Angel S. Gabriel entrando en su recámara, y enseñó los secretos del consistorio divino. Ójala procurase yo saludarte muchas veces, y ofrecerte devoto ser-

vicio. Ójala nunca se pegase á mi alma cosa que ofendiese tu vista mas que angélica.

Dios te salve, dulce Maria, que por obra del Espiritu Santo concebiste al Hijo de Dios en tu castisimo vientre. ¡Oh la mas venturosa de todas las mugeres! ¿que sentiste entonces en lo mas secreto de tu corazon virginal; y con que dulzura se derritió tu alma bienaventurada, cuando en el tálamo de tu vientre entró Dios, fuente y principio de toda dulzura, y recibió carne de tí? Alábote y glorifícote, oh Maria, y con humildad reverencio tu sacratísimo vientre. Guarda, y aumenta en mi un deseo santo de servirte.

Dios te salve, suave Maria, que amonestada del Espiritu Santo, subiste á las montañas de Judea, y visitaste á tu parienta Isabel, y la saludaste y serviste. Visita te ruego, mi alma, y haz que te sirva fidelísimamente todos los dias de mi vida, y que te ame con un castísimo afecto.

Dios te salve, suave Maria, que quisiste ser fatigada en compañía de tu Smo. esposo José con el largo camino, cuando tu muy delicada doncella estando preñada fuiste á Belen, donde está el pan de vida, Jesucristo; autor de nuestra salud.

Dios te salve, suave Maria, que fatigada con el trabajo del camino, no tuviste posada donde albergarte, y en lugar de ella tuviste un establo. Gobierna todos los afectos de mi alma, para que ninguna cosa ame en este mun-

do viciosamente, ni me aficione á cosa ninguna visible: mas como extranjero y peregrino, que no tiene aqui ciudad segura, con todas ansias suspire por las cosas eternas, y solo en tí mi Dios descanse.

3.^a Dios te salve, suave Maria, que sin dolor, sin riesgo de tu virginidad, y con gran regocijo de los Angeles nos pariste á nuestro Salvador. O Virgen Madre, tu eres el templo del verdadero Salomon, tu el arca y propiciatorio de Dios, tu la puerta cerrada que vió Ezequiel, tu el huerto cerrado y fuente sellada.

Hinche te suplico, mi corazon, y todos mis sentidos con la gracia celestial, para que renovado en mí el buen espíritu, viva una vida agradable á tí y á tu Hijo.

Dios te salve, suave Maria, que en pobres mantillas envolviste al niño Jesus fruto de tu vientre castísimo, y estando llorando lo reclinaste en un pesebre. Ojalá así ocupase tu amor mi corazon, así me adornase con la pureza de una vida inocente, como si ahora fuese niño recién nacido, para que mereciera ser de tí ayudado en cualesquiera adversidades, y ser recreado con el beneficio de su visita.

Dios te salve, suave Maria, que de tus virginales pechos diste leche al niño Jesus, y trayéndolo en tus brazos lo apretastes contigo conforme á tu deseo, y lo halagaste con besos.

Concédeme, que fatigado de los trabajos y tentaciones de este destierro, acuda siempre al regazo de tu piedad maternal, y sustentán-

dome tu con la leche del consuelo espiritual, de mano á todos los torpes deleites.

Dios te salve, suave Maria, que con obras de Madre con gran solicitud regalaste en su niñez al Salvador, y predicando en su juventud lo seguiste devotamente. Concédeme que te ame, que te siga, que desee tu presencia, y totalmente desprecie las cosas transitorias.

Dios te salve, suave Maria, que por los trabajos y persecuciones, y por la muy cruel y afrentosa pasion de tu unigénito Hijo, recibiste grandísimo dolor, el cual afligia lo íntimo de tu corazon. Concédeme, que siempre aleve á ese Dios y Señor mío, por todo lo que por mí hizo y padeció, y de veras me compadezco de todos los que padecen miserias y trabajos.

Dios te salve, suave Maria, cuya alma bienaventurada traspase el cuchillo de dolor, cuando estabas al pie de la Cruz donde tu Hijo estaba crucificado, padeciendo grandísimos dolores, y derramando su sangre, cubierta de lágrimas. Concédeme, que esté contigo, y que con alma agradecida considere la pasion y muerte de tu mismo Hijo, y mi Redentor.

Dios te salve, suave Maria, á la cual alegró Jesucristo con tu triunfante resurreccion; y despues de su gloriosa subida al Padre, recibió en el cielo con inefable gloria, adonde tu, Reina ilustrísima, estás ensalzada sobre los coros de los Angeles. Rogámoste humildemente, que tengas cuidado de nosotros, y que mi-

sericordiosamente nos escuses con tus oraciones delante de tu Hijo, que es juez de vivos y muertos.

4.º Dios te salve, serenísima y suavísima Madre del rey Mesías, María. O Señora, tu eres aquella castísima tórtola, cuya voz maravillosamente regala á las ovejas del todo poderoso Dios, tu eres aquella limpisima paloma cuyos gemidos agradan sin duda al Espíritu Santo. O Virgen graciosa, Virgen de admirable belleza, echa de lo mas secreto de mi corazon todo lo que fuese sucio y mal compuesto. Alumbra con el rayo de tu resplandor mis tinieblas interiores; para que deshechos y quitados los vicios puramente contemple tu hermosura. Atiende Señora, atiende á los suspiros del alma que te desea. Ven millares de veces deseada, y derrama en mi corazon algo de la abundancia de tus gracias, para que te ame íntima y santísimamente.

Dios te salve sierva solitaria de Dios, y esposa sacretísima del secretísimo esposo, María: Dios te salve doncella amable, y hija escogida de la gracia. O Virgen vergonzosa, ó la mas hermosa de todas las mujeres, muéstrame, te suplico, tu gracioso rostro: con cuya vista se despierten en mi afectos de castidad, que jamás se apaguen: suene tu dulce voz en mis orejas, con la cual mi espíritu reviva y resucite del pecado, y del sueño de la vida tibia. El inefable olor de tu suavidad recrea de continuo mi alma. Tu sincero amor entre

en el tálamo de mi pecho, y ocupe todo lo interior de él, de manera que totalmente me den en rostro las cosas del mundo.

Dios te salve, amiga sin mancilla de la Sma. Trinidad. Dios te salve, muger purísima en el alma y en el cuerpo, María. ¡Oh Virgen muy callada, Virgen muy humilde, Virgen muy agradable á Dios! esclarece, te suplico, lo íntimo de mi alma con el serenísimo resplandor de tu rostro, para que mi corazon se deleite y alegre en ti. Llévame en pos de ti, para que corra al olor de tus unguentos. Alegra, oh benigna Señora, mi corazon, para que te sirva alegremente, y te ame de lo íntimo de mis entrañas. Visita á este huérfano, lloroso y triste: toca la cítara de mi corazon, para que suene dulcemente en alabanza de tu sabrosísimo nombre. Mi alma te ame, te reverencie y bendiga eternamente.

Dios te salve, Hija de Sion, millares de veces bienaventurada, Dios te salve suavísima Madre de Dios, María. ¡Oh Virgen Santísima, Virgen antes del parto, Virgen en el parto, Virgen despues del parto! suplicote, que vistas y adornes mi alma con la gracia de la hermosura celestial. Oh reina ilustrísima, mira desde el soberano trono de tu gloria á este pobrecillo, acércate, oh Señora, á los términos de este miserable pecador, y consuélame con tu deseada presencia. Alegrese en tí mi espíritu, mis entrañas te alaben, y mi alma se derrita con tu santo amor.

Dios te salve, Virgen piadosa y suave Maria; Dios te salve, puerta oriental, agena de toda corrupcion: por la cual nos vino el mas hermoso de los hijos de los hombres. Vuelve, oh ilustre, vuelve á mi esos ojos muy mansos de tu rostro virginal; alumbrá las tinieblas de mi ceguedad con la claridad de tu venida. Atiende á los gemidos de mi alma que desea amarte: harta de dia y de noche el deseo de mi espíritu, que se consume y se desfallece. Aparta, Señora, mi alma de todo cuanto hay debajo del cielo, y suspéndela en la sencilla contemplación de ti, haciéndola gustar los dulcísimos sorbos de la alegría eterna.

Dios te salve, amadora de la soledad, y muy mansa honradora de la quietud interior: Dios te salve, mujer de admirable honestidad, y de sabiduría inefable adornada, Maria. ¡Oh Virgen escogida, Virgen la mas bella entre las hijas de Jerusalem! recoje, te suplico, los pensamientos derramados de tu siervo, y repara el espíritu desconcertado, para que me ocupe en sinceras y quietas meditaciones de ti. Júntese á mi alma aquella tu amable hermosura que sustenta la castidad: tu purísimo amor posea eternamente las entrañas de mi corazón. Tu, estancia olorosísima de la divinidad; tú huerto cerrado de donde salió aquella única y bellísima flor de Jesucristo salvadora de nuestras almas: á ti alaban y reverencian todos los siglos.

Dios te salve, olorosa violeta de la profun-

dísima humildad, y rosa colorada de la ardentísima caridad, Maria. Dios te salve, Madre queridísima del sumo Criador: ¡Oh Virgen suave! ¡oh la mas amada llena de todo linaje de deleites, llegue á mi la santidad de tus olorosos ungientos! Mi espíritu te sienta de noche, mis entrañas te deseen de dia, suavemente se aficione á ti mi corazón, cuanto hay allá dentro en mi te ame intimamente, en todo tiempo se ocupe mi alma con grande alegría en tus alabanzas. Tu eres florido tálamo del esposo, tu paraíso ameno de sagrados deleites, tu oloroso cillero de divinos sacramentos. Tu madre, tu hija, tu esposa del altísimo Dios: tu eres, y serás siempre dulce esperanza mia, y dulce consuelo de mi alma. Ayúdame piadosa gobernadora, mientras navego en el mar peligroso de este siglo: y principalmente al fin de mi vida: para que alumbrándome tú, guiándome tú, y en camuándome tú, llegue con bonanza al puerto de la celestial Jerusalem, á donde te ame y alabe sin fin. Ea, Señora, suplicote, que á la hora de mi muerte me muestres tu alegre presencia: y que consueles mis dolores y gemidos con tu hermoso y resplandeciente rostro, y con tus blandos ojos, y que me hagas seguro de la eterna bienaventuranza á gloria de Dios. Amen.

HIMNOS A LA VIRGEN MARIA.

1.

Agradable luz del día,
Dios te salve, que tu eres,
Entre todas las mujeres
Perla preciosa Maria.
Tú que diste de mamar
Al mismo que te crió,
Rey de reyes que es sin par,
Que por hija te escojó.

Aqueste mundo adornando
Engendraste nueva flor,
Que dió milagroso olor,
Entera Virgen quedando.

Con tu ruego soberano
Borra las culpas Maria,
Y aplácanos cada día,
A tu Hijo y nuestro hermano.

Por ti alcanzemos el cielo,
Aquel bien esclarecido,
Limpia al que se ha entorpecido
Con pecados en el suelo.

Cura y sana al lastimado,
Da luz al que no la tiene,
Desata como conviene
Lis lazos, que estoy atado.

Madre de consolacion,
Pues que tantas gracias tienes,
De esos celestiales bienes
Hinche aqueste corazon.

Da esfuerzo al que titubea,
Y ayuda porque te alabe,
Y llévame cuando acabe
A ese reino á dó te vea.

2.

Salve Virgen muy graciosa,
Clara estrella sin igual
Y Madre de Dios gloriosa
Muy mas dulce que el panal.

Llamante por nombre aquella
A quien ninguna ha llegado
En ser hermosa con ella;
Rosa rubicanda y bella,
Y lirio blanco estremado.

Ayuda á los de este suelo
De piedad Reina y Señora,
Y da á los tristes consuelo,
Pues del gozo eres Aurora.

Ruega por nuestros pecados,
Fuente dulce de piedad,
Para que sean perdonados;
Y que limpios y purgados,
Vamos á la eternidad.

3.

Dios te salve, graciosa
Virgen, muy mas que el sol resplandeciente:
De Dios Madre gloriosa
Mas que el panal suave grandemente.
Tu eres, Señora, aquella
Que nunca tuvo acá jamás segunda,
En ser hermosa y bella,
Blanca azucena y rosa rubicunda.
Es luz muy agradable
A justos, y á la Iglesia tu presencia;
Eres puerto admirable
De aflijidos y reina de clemencia.
Haz que nos sean borrados
O madre de piedad, dulce Señora,
Las culpas y pecados,
Danos consuelo, del consuelo Aurora.
Ven, ven, y alarga el paso,
Unge los miserables corazones;
Que lo requiere el caso,
Con el olio sagrado de tus dones.
Y con tus pechos hagas,
Dorado resplandor del claro cielo;
Que sanen nuestras llagas
Siempre mientras vivimos en el suelo.

Dios te salve Maria llena de gracia, el Señor es contigo. Séate dada alabanza eternamente Maria, Madre de Dios. Amen

ROSARIO BREVE, Y PEQUEÑA

CORONA ESPIRITUAL.

Dicha una vez la oracion del Padre nuestro con la Aves Marias añadirás las dos oraciones siguientes.

Ten misericordia de mi, piadoso Jesus: consuérame, Maria Sacratísima, madre de Dios, y Virgen muy humilde. Apartad de mi todo lo que desagrada á vuestros ojos. En vuestras manos me encomiendo ahora y en la hora de mi muerte. Hé me aqui, Señor mio, todo me resigno en tu voluntad. Hágase en mi y de mi tu muy agradable voluntad. Hazme hombre conforme á tu corazon. Amen.

Buen Jesus, benignísimo Jesus, por tu amarga y terrible pasion y muerte, concédeles á los buenos perdon y gracia, y á los fieles difuntos descanso y luz eterna. Amen.

Tambien se puede añadir esta salutacion.

Dios te salve, dulcisima Maria, Virgen y Madre de Dios, esclarecida reina del cielo. Dios te

salve, blanco lirio de la resplandeciente Trinidad, y rosa florida del celestial paraíso. Dios te salve llena de gracia: el Señor es contigo. Bendita eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre Jesucristo. Amen. Oh Señora mía, ruega por mí que soy un miserable pecador. Alcánzame un corazón conforme al corazón de Dios. Alcánzame un amor puro con tu Hijo y puro contigo. Amen.

Esta corona espiritual compuesta de graciosas y angélicas flores se la puedes ofrecer á la gloriosa Virgen María en señal del purísimo amor: porque á ella y á su Hijo le es muy agradable, si se reza con devoción.

OTRAS ORACIONES A MARIA..

Oh María dulce medianera, ten misericordia de mí, oh piadosa, oh clemente, oh benigna Madre. ¡Oh esperanza mía, refugio mío, consoladora mía! ¡Oh Virgen suave, graciosa, amable! ¡oh mujer hermosa, excelentísima, santísima! ¡oh Madre de Dios, reina del cielo, gozo de los ángeles! ¡Oh estrella resplandeciente, blanca azucena, bella rosa! ¡oh paraíso de deleites, querida mía, óyeme: perdón pido,

pido espíritu bueno, pido gracia. Enséñame, alúmbrame. guíame. Ayúdame, defiéndeme. Borra las culpas, oh María, ya que por tí se nos descubre el camino para los gozos eternos. A tí, Señora, sea dada alabanza, á tí sea dada honra y gloria perpetuas. Amen.

Oh clementísima Virgen María Madre de Dios, ten misericordia de mí pecador miserable. Muchas y muy grandes son mis maldades: espero. Señora, por tu dulcísima piedad que respondas por mí. Aparta de mí todo lo que impide mi salvación. Alcánzame verdadera pureza é inocencia, y espíritu bueno. Alcánzame santa humildad, paciencia, caridad, continencia, templanza y confianza. Socorreme ahora, y ahora, y en la hora de mi muerte: esta te encomiendo con particular cuidado. Entonces consuélame, esfuerzame y defiéndeme benignamente. Haz con tus merecimientos que salga de este mundo mi alma toda pura y limpia, y que alcance la vida eterna. Amen.

—Yo te saludo, oh reina del cielo, gloriosa Madre de Dios, dulcísima Señora mía, Virgen María. Ten misericordia de mí pecador. A tí me encomiendo hoy. Guíame, te suplico, ayúdame y defiéndeme en todas las cosas para que no prevalezca mi enemigo contra mí. Ruega por mí, y haz que siempre sea acepto á tí y á tu Hijo. Amen.

SALVES A LA VIRGEN.

1.° Dios te salve, excelentísima Virgen María, singular consuelo mio, y dulce gozo de mi corazón. Tu eres la mas hermosa y la mas pura de todas las mujeres: de la cual quiso nacer, y con cuya leche quiso ser mantenido el rey de los cielos Jesucristo. Héme aquí que á ti me acojo, tu favor pido, y en ti espero, ó Madre de misericordia. Yo postrado á tus pies, te suplico, por la santísima encarnacion, vida, pasion y muerte de tu amado Hijo, que me alcances perdon de mis pecados, y mortificacion de mis vicios; que me alcances espíritu bueno, y gracia saludable, y me concedas que agrade á tu Hijo y á tí. Amen.

2.° Dios te salve Maria, Virgen benignísima, Virgen dulcísima que pariste al Hijo de Dios Jesucristo. Ea, Madre piadosa, rígeme y guárdame todos los dias de mi vida con una benignidad de Madre, y en la hora de mi muerte defiéndeme misericordiosamente para que los espíritus malignos no puedan hacer mal á mi alma, ni impedir mi salvacion. Muéstrame entonces tu muy alegre presencia, y consuella mis dolores y gemidos con tu rostro res-

plandeciente como una rosa, y con tus blancos ojos, dile entonces á mi alma: «yo la Madre de Dios á quien amaste, y en quien esperaste, hablaré por tí: no quieras temer.» Señora, hazme entonces cierto de la celestial bienaventuranza, para que con una santa confianza acabe esta vida, y guiándome tu llegue á la vida eterna. Amen.

A. M. G. M. et. H.



INDICE.

	Pág.
Linaje y nombre de Maria.	5
De su excelencia, dignidad, misericordia y amor y de su Santa Concepcion.	9
Loores de la Virgen.	13
De los ejercicios de la Virgen y orden de su vida.	16
Privilegio de la Virgen.	22
Piedad de la Virgen con los pecadores.	22
Virginidad de la Virgen.	26
Encarnacion del Verbo.	26
La Virgen en la Pasion.	27
Angustia de la Virgen.	36
Maria al pié de la Cruz.	37
Oracion á la Virgen.	45
Formas de saluciones.	46
Oraciones.	57
Himnos.	68
Rosario breve y corona espiritual.	71
Salves.	74

